



Un buen comienzo

Prólogo a la segunda edición

Cuando mis compañeros me dijeron que se haría una segunda edición del libro, pues la primera ya se había agotado, pensé en hacer un balance de la experiencia que la publicación me había brindado. Rescaté tanto las discusiones como los elogios. Escuché atentamente las críticas y los cuestionamientos y enfrenté también, alguna polémica por ello.

Algunos lectores se negaron a creer que la literatura fuera una representación mediada de la sociedad de clases en la que se produce y que por lo tanto, bien podría ser una herramienta de lucha y conocimiento de esa sociedad. Otros, acordaron con el prólogo y leyeron los cuentos como ejemplo (más o menos feliz, más o menos “forzado”) del programa político en el cual se insertan. No faltó quien dijera que el programa mismo está en los textos, lo cual hacía innecesaria, redundante casi, la presencia del prólogo. En general, las críticas al libro por la vía del prólogo fueron de mal disimulada discusión política. Que si el arte no debe tener programa, que si la escritora es una pequeño burguesa oportunista que escuchó tantas veces la palabra *piquetero* en la televisión que pensó en incluirla como gancho... Ya hemos contestado todas estas acusaciones: un docente es un obrero, materialmente hablando. Pero así como está claro que un obrero bien puede tener un programa pequeño burgués, nada impide que la pequeña burguesía tenga un programa piquetero. Y si la procedencia pequeñoburguesa se exhibe en los relatos como contradicción, como ideología, la intención es mostrar cómo se va desarrollando la conciencia de clase en lucha (aún en alguien que procede de la pequeña burguesía).

También estuvieron los que, menos doctos o politizados, fueron directamente a los cuentos o los que los leyeron salteados y armaron su propia historia, como si fueran lectores de *Rayuela*. Lejos está de tener este texto ese tipo de estructura. Por el contrario, lo más discutido y trabajado de toda la obra fue, justamente, el orden en que aparecería cada uno de los cuentos. La intención es mostrar un proceso como producto de experiencias no de un individuo cualquiera, sino de un individuo mujer. La protagonista de la mayor parte de los textos es un individuo social que, como tantos y tantas otras de la Argentina de entonces, llegó a Diciembre de 2001 convencida de que la única forma de lucha efectiva era (y es) el programa destinado a ser el arma de la clase obrera, el de la Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados. Programa que sigue en pie, aunque hoy parezca que “aquí no ha pasado nada”.

Para mis oídos, las mejores voces de lectura han sido aquellas que señalaron, contra toda discusión política o más allá de ella, que los cuentos les hablaron a ellos mismos, a sus recorridos en la vida, a sufrimientos y a dolores que merecen y pueden ser cambiados. Les hablaron no en términos de identificación, sino que pudieron reconocer en ellos personajes vivos, creíbles, con carnadura, con sus dudas, sus avances y sus retrocesos.

Tal como decía en el prólogo a la primera edición, escribir es un trabajo y por lo tanto, el mejoramiento de la técnica, el estilo, el género es parte de ese trabajo. Y de eso queda mucho por delante, pero nada podrá quitarme la alegría y el orgullo de saber que allí hay voces que viven porque están vivas en las lectoras y los lectores a quienes les hablan de sus experiencias y los animan a enfrentar nuevas luchas: “no soy la única a la



que le pasan estas cosas”, “lo que me pasa no es culpa mía”. Tenemos que organizarnos para luchar contra la opresión y la explotación. Y si un cuento le ha hablado a alguien de esa posibilidad, entonces, dicho sin ningún asomo de soberbia, no es un mal comienzo.